

más bella y modesta, que mirando con torvo ceño [torve] á las dos anteriores, las apostrofa duramente, apellidándolas meretrices de cabaña, artifices de adulacion, alfareros de falsedad y cazadores de corazones sencillos, que con la melodía de las sirenas arrastraban á la ruina de la muerte. Dirigiéndose despues al mismo autor, aféale el que haya dado oídos á sus mentidos halagos, y recordándole las enseñanzas de las siete artes liberales, que son personificadas en otras tantas vírgenes <sup>1</sup>, recomiéndale como único principio y norte de la felicidad humana, el culto de las virtudes teologales y cardinales, dándoles tambien la figura de hermosísimas y castas doncellas. Duélese Pedro de que se le obligue á abandonar absolutamente al *Mundo* y á la *Naturaleza*, cuyos deleites eran gratos á todo hombre; y manifestándole la *Razon* que era esta felicidad semejante á la belleza de los sepulcros blanqueados, exclama al fin de este modo:

O iuvenis, captusque catenis carnis obesae  
Te laesae ¿cor habes?... Tabes scis quod morieris?  
Et Superis cariturus eris, si verba Puellae  
Bellae corde tuo fatuo sectaveris?... Illa

y el *quadriuo*, tales como los considera San Isidoro, manifestamos las diferencias que existian entre las artes liberales cultivadas por los cristianos y las disciplinas que admitian los árabes, segun el mismo Pero Alfonso. Las observaciones expuestas, al indicar en el presente capítulo el carácter supersticioso que habian tomado en Córdoba los expresados estudios, conforme á las declaraciones de Virgilio (pág. 195 nota 1), nos advierten no obstante que no podian los escritores cristianos, sin exponerse á las censuras justísimas de la Iglesia, aceptar de lleno las artes profesadas por los mahometanos, ni aun recibir sin reserva los *Comentarios* de Averroes, que florece mediado ya el siglo XII. Sobre este punto tendremos ocasion de llamar repetidamente la atencion de los lectores en todo el proceso de la *Historia crítica*.

<sup>1</sup> Debe notarse aquí que en vez de la *Astronomia* tenia ya lugar en el cuadro la *Astrologia*, lo cual prueba la influencia que las preocupaciones orientales iban alcanzando en la sociedad cristiana y principalmente en los que se preciaban de doctos. Véase sobre esta materia lo que dijimos en el capítulo VIII, págs. 358 y 360. Sin embargo, todavía no se habian admitido, ni llegan tampoco á admitirse en las escuelas clericales las ciencias que segun el testimonio, no sospechoso y ya arriba alegado, de Virgilio Cordobés, se enseñaban en Córdoba.

Stilla manu, quamvis pravis blanditur ocellis,  
Cum mellis calice, inversa vice, dando venenum,  
Sirenum modulis rapiens, capiens cor, etc.

Obsérvese de paso la especial y complicadísima disposicion de las rimas. La *Razon* prosigue dando al autor saludables avisos; mas despertándose de repente la *Carne* y con ella la *Lujuria*, la *Avaricia*, la *Gula* y los demás vicios que pervierten la humanidad, procuran vencer en cruda contienda á las virtudes, apareciendo como árbitra la misma *Razon*, que sin abandonar un punto á Pedro, le alienta y conforta, inclinándole á la contemplacion de las cosas celestiales. La descripcion de los goces del paraiso, en que se recuerdan algunos felices rasgos de Draconcio <sup>1</sup>, y la pintura de la beatitud de los santos, las alabanzas de Dios y de su Madre y la explicacion de los principales misterios del cristianismo, ocupan no pequeña parte de la obra en que, tratando la *Razon* las más árduas cuestiones filosóficas y teológicas, tales como las del libre albedrío, la santidad, el pecado original, la concepcion de la Virgen Maria y la union hipostática, produce y labra entera conviccion en el ánimo del hombre, que desligado así del amor terreno, sólo cura ya de la felicidad eterna.

Por esta breve exposicion del argumento se comprenderá cómo Pedro Compostelano justificó el título de su obra y hasta qué punto imitó el tratado de San Isidoro, que dejamos oportunamente analizado <sup>2</sup>. Los medios empleados en el *De Consolatione Rationis*, son no obstante más amplios, haciéndose gala de una erudi-

<sup>1</sup> Para prueba de esta observacion, notaremos que despues de dar á conocer la pureza del paraiso, asegurando que:

Non Venus incedit, non membra libidine nota  
Luxuriantur; ei munda manent dulcedine fota,

añade:

Non ibi terrarum motus, non imber abundat.  
Sed requies perfecta dies, pax vera redundat.  
.....  
..... Est ibi splendor, sed non materialis;  
Sed lux et lumen, Deus est lux spiritalis:  
Non lux ista capit occasum, nebula nulla  
Nescit, et eclipsis vestigia non timet ulla.

(Fól. 49 v.)

<sup>2</sup> Cap. X.



ción que presupone largos estudios y aspirándose igualmente al lauro de teólogo, filósofo y poeta. Al considerarle bajo este último punto de vista, observa el único escritor que ha examinado antes de ahora tan singular monumento, no dado todavía á la estampa, que era digno de lástima el que apareciesen envueltos los versos, que exornan ambos libros, en el pueril y embarazoso género de rimas que dejamos subrayadas; pero sobre ser estas un ornato característico de la poesía latina en la época en que escribe Pedro Compostelano, señalan el desarrollo que había tenido el arte métrica en manos de los eruditos, y por aumentar notablemente las dificultades de la expresión, hacen más estimables los aciertos de su musa.—Entre otros muchos pasajes que pudieran citarse, creemos suficiente para ilustración de estos asertos, el en que explica la concepción de la Virgen. Dice así:

Ut propriis solis radiis lux vitra subintrat,  
Sic uterum Rector Superum mox Virginis intrat;  
Ut dominus clausis foribus loca discipulorum  
Ingreditur, sic Rex oritur de Matre bonorum.  
Ut rubus ardens, non tamen uritur igne,  
Sic igitur Christus oritur de Virgine digne.  
Arca Dei similis fit ei, dum manna tenebat,  
Et tabulas pro lege datas, virgamque ferebat:  
Virgo parens, sed peste carens, fit filia tandem;  
Sic Deitas, sed levitas habitavit eandem.

Debe por último notarse que en esta manera de libro ó poema didascálico, consagrado principalmente al esclarecimiento del dogma católico, se hace frecuente uso de los nombres mitológicos, no sin que se mencionen y celebren las doctrinas de los filósofos de la antigüedad, cuyas obras eran tenidas en grande estima por los cristianos<sup>1</sup>. Prueba es esta clara y terminante

<sup>1</sup> Tal sucede con las de Aristóteles: las alusiones mitológicas se hallan desde los primeros versos. Así principia el primer libro:

Cum vitio nuper proprio caro victa pararet  
Iratum, nec mente ratum, cor ad ima moraret.  
Et levitas in mente sitas excedere metas  
Auderet, nec res sineret reprehendere cretas.

de cuanto llevamos afirmado respecto de la tradición clásica, que lejos de extinguirse, como generalmente se ha creído, iba dejando en todos los monumentos de aquellos siglos sus luminosas huellas. Pero según lo hemos repetido tantas veces, todos estos elementos aparecen siempre dominados por la idea fundamental, que venía sirviendo de base al arte cristiano desde la época de Yuvenco y de Prudencio: como en los templos erigidos por la fé, se ilustran acaso las portadas, frisos y capiteles con los despojos de la arquitectura del antiguo mundo, sin que puedan dominar ni alterar siquiera la armonía del conjunto, así en las producciones literarias sirve de lazo y trabazón á las reliquias del grande arte homérico, salvadas en medio de tantos trastornos, el gran pensamiento religioso que sobresale y campea sobre todos los elementos de vida abrigados por la nación española. Que esta herencia era natural y legítima, basta sólo para comprobarlo la historia de las literaturas meridionales, que trayendo como la nuestra, sus principales orígenes de la gran fuente de la antigüedad, revelan en todos sus monumentos el mismo sello y carácter, que se vinculan en las obras de los doctos hasta consumarse en los siglos venideros la memorable reacción, conocida en los fastos de artes y letras con el título del *Renacimiento*.

Mas al decidirse esta inclinación de los estudios (ya lo hemos dicho), operábase el primer divorcio entre la literatura latino-elesiástica y las vulgares; y mientras la primera, que únicamente podía ya vivir con el recuerdo de lo pasado, iba poco á poco perdiendo su importancia en el desenvolvimiento de nuestra cultura<sup>1</sup>, cobraban las segundas mayor vitalidad y fuerza, encami-

Et Veneris procul a Superis rubrica tumultum  
Inferret, nec abhorreret mens turpia multum, etc.

Cita principalmente en los versos á Marte, Saturno, Neptuno, Vulcano, etc.

<sup>1</sup> No sea esto decir que decayesen repentinamente los estudios eruditos: de esta época en adelante se encuentran algunos poemas latinos, no solamente didácticos, sino también históricos. Entre los primeros pueden citarse los proemios de la *Colección de Cánones* guardada en la Santa Iglesia de Urgel, publicados por Villanueva (*Viaj. Liter.*, tomo XI, pág. 248 y siguientes), no siendo menos notable el *Poema de Benevivere*, en que se celebra la fundación de este monasterio por don Diego Martínez de Villamayor, obra debida á Pas-



nándose, aunque por distinto cauce, á fecundar las dilatadas comarcas, donde arraiga y florece el árbol corpulento y frondoso, á cuya sombra majestuosa debían cobijarse el rey Conquistador y el rey Sábio, Ausias March y Juan de Mena, Lope de Vega y Cervantes. Varia, complicada y no fácil de trazar, pero interesante por extremo es la historia de las diferentes edades y de las transformaciones sucesivas, que en ellas experimenta la literatura nacional, destinada por la Providencia á enriquecerse con el abundoso y múltiple tributo de otras literaturas desde el momento en que, dotada de vida propia, aspira á representar digna y genuinamente todos los intereses y todas las aspiraciones de la civilización española. Dispongámonos pues á emprender, echado ya el cimiento al indestructible edificio de nuestra cultura, y reconocidos

casio, primer abad de dicha casa. Guárdase este raro monumento en la Real Academia de la Historia entre otros códices, traídos de Benevivere; y carece de principio, tratándose en el cuerpo del poema de las virtudes de don Diego, su valía, su poder, y su piedad; y narrándose la fundación, dotación, elección de abad, y confirmación apostólica, amonéstase por último á seguir honesta y santa vida, dándose noticia de la cristiana muerte de don Diego, de la adopción que hace Alfonso VIII del monasterio y de la visita, con que le honra y favorece. Termina así:

Permaneant sancti, qui loca sancta colunt,  
Quam meruit terris Didaco sit gloria caelis;  
Cum Xpo. vivat, cui pia vita fuit—Explicit.

También merece especial recuerdo la *Relación* de los desórdenes y homicidios perpetrados en el monasterio de Serrateix en 1251, inserta por Villanueva en el tomo VIII de su *Viaje*, pág. 274, ap. XXIX. Es notable que mientras en el *Poema de Benevivere* apenas se hace uso de las rimas, se empleen en este los versos llamados leoninos, tales como en la mayor parte de las poesías del siglo XII se encuentran. Pero estas obras no salían ya del círculo de los doctos (clérigos), siendo muy escasa su influencia en el movimiento general de las letras, si bien no deja de reflejarse, como en su lugar notaremos, en las poesías populares. Oportuno juzgamos manifestar finalmente que los poetas eruditos cultivaron por estos tiempos cierto género de poesía satírica, la cual hubo de contribuir en algún modo al desarrollo de los *cantares* y *dictados de escarnio*, y de los *rimos de deshonra*, de que en siglos posteriores hacen mención las crónicas y aun los monumentos poéticos. Véase con este propósito la *Ilustración* I.<sup>a</sup>, núm. XXV de sus documentos literarios.

en el largo trascurso de doce siglos los caracteres fundamentales del ingenio ibero, tan grata como difícil tarea. Mas séanos antes permitido abrazar de una sola mirada el extenso cuadro que dejamos bosquejado, á fin de obtener por completo el legítimo fruto de nuestras largas vigiliás, probando así con cuánta razón, obediendo al pensamiento trascendental de reconocer bajo todas sus fases al ingenio español, uno, íntegro é idéntico desde que dá las primeras señales de existencia hasta nuestros días, hemos aspirado á bosquejar toda su historia, para corresponder dignamente á las exigencias de la filosofía y de la crítica.